

LA VIDA MADRILEÑA A FINES DEL SIGLO XIX

IV

LO DOCENTE

LA carrera de Ciencias que yo estudiaba comprendía dos cursos preparativos de asignaturas comunes, salvo las matemáticas, con el de las Facultades de Medicina y de Farmacia. Pasados los dos años de preparatorio, los estudiantes de la Facultad de Ciencias se distribuían en tres secciones independientes: Exactas, Físico-químicas y Naturales; quedando reducidos la de esta última a una docena, a veces escasa, de alumnos; cursándose la carrera en el Jardín Botánico, en la Universidad de la calle Ancha y principalmente en el antiguo edificio de la calle de Alcalá; en el piso alto del local que ocupa la Real Academia de Bellas Artes; según dice el rótulo bronceado del frontispicio.

*Carolus III rex
Naturan et Artem sub uno tecto
in publicam utilitatem consociavit*

Las clases del Preparatorio eran exclusivamente orales, dándose en dos amplísimos locales con graderío para varios centenares de alumnos, pues nos reuníamos los de Ciencias, Medicina y Farmacia. La enseñanza de la Química se daba en el antiguo local de la calle de los Estudios, donde está instalado el Instituto de San Isidro. La de Física tenía su sede en la calle de Atocha, en un edificio que había sido convento, y era, provisionalmente, Ministerio de Fomento. En los primeros días la concurrencia era extraordinaria y aquello tenía aspecto de graderío de Estadium de Fútbol; pero a los dos meses la muchedumbre estudiantil aflojaba y se reducía a menos del centenar. La clase de Física era a las 8 de la mañana, y la de Química, a las 3 de la tarde; quizás con la intención de que se redujera espontáneamente la asistencia.

El «hueso» era la Química, y el número de repetidores grande, que constituían fermento de bullicio. Era enseñanza que actuaba de criba, en la que muchos pasaban al montón de las granzas, y allí terminaban su carrera, con beneficio para ellos, para sus familiares y para la nación. El profesor, Muñoz de Luna, sabía su asignatura y explicaba con claridad; pero le gustaba el aparato escénico y lo espectacular, lo que le ocasionaba algunas rabietas, porque los estudiantes le conocían el flaco.

El público estudiantil llenaba el aula, y cuando el bullicio estaba en su apogeo, se recorría ruidosamente una cortina lateral a la plataforma y salía una procesión de media docena entre bedeles, mozos de laboratorio y ayudantes que colocaban en la gran mesa, frascos, instrumentos y aparatos, y se retiraban; inmediatamente salía el

profesor que era recibido con aplausos a estilo de aula grande de la Sorbona, y comenzaba la explicación; la cual solía terminar con algún experimento llamativo.

Los incidentes no eran raros. Un día explicaba Luna el oxígeno y descendió de la plataforma, y dió a gustar a los del primer banco el sabor azucarado del agua oxigenada. Una voz atiplada sonó en el silencio del aula; ¡eh, aguadora, aquí arriba! Luna volvió a la plataforma y con actitud y acentos patéticos se lamentó de la falta de respeto a la ciencia y a su persona. La grey estudiantil reaccionó, y un aplauso cerrado desenojó al profesor de la acción burlesca.

Otro día se le ocurrió presentarnos, en plena clase, a un eminente químico alemán de melenas patriarcales y barbas fluviales. Luna hizo el elogio del sabio profesor, y éste se creyó obligado a dirigir en francés unas palabras de salutación y agradecimiento. Como es de suponer, no entendíamos lo que dijo, aunque sí la intención: La ovación fué formidable, y cuanto más saludaba el profesor, más se repetían los aplausos; y algunos gritaron ¡Hay que sacarlos en hombros! Los ayudantes intervinieron, dando por terminado el acto y la clase, y retirando a Luna y al profesor extranjero; el cual probablemente so se daría clara cuenta de lo que sucedía, atribuyendo la ovación a exuberancia juvenil y a impetuosidad meridional.

En los exámenes se pagaban todas juntas. Luna hubiera aprobado a la mayoría, pero formaban tribunal con él, Bonet, un catalán pequeño y adusto, el químico analista más fino que había en España, y Boira excesivamente grueso y también buen químico; los cuales con sus preguntas certeras, se enteraban rápidamente de los conocimientos de los examinandos; resultando un promedio de aprobados que en los casos favorables, apenas llegaba a la cuarta parte de los que figuraban en la lista.

Las otras asignaturas del preparatorio eran más llevaderas. La Mineralogía y Botánica la explicaba Orio, originario de Extremadura, pues su padre fué médico algunos años en Albalá y allí nació el citado profesor, que al ausentarse con sus progenitores no volvió por su tierra natal. El catedrático de Zoología era Pérez Arcas, eminente entomólogo; autor del Tratado de Zoología, mejor que Muro en su tiempo; obra de texto en todas las Universidades de habla hispana. Las cátedras se daban en el edificio de la calle Ancha de San Bernardo, divididas en secciones, y, como eran más fáciles las asignaturas, no había incidentes extraordinarios.

En los tres cursos especiales de Ciencias Naturales, el ambiente escolar era muy diferente del de los preparatorios. Estudiábamos la carrera como quien aprende una profesión mecánica, y teníamos a disposición de los nueve que éramos en mi promoción, libre el uso de los laboratorios en los que trabajaban nuestros profesores, en el Museo de la calle de Alcalá; laboratorios en los que solíamos pasar voluntariamente algunas horas al día; especialmente en la de Entomología y Petrografía o Geología.

Destacaban en este modo de enseñar, a manera de taller: Bolívar, profesor, el más competente y famoso de Europa, en su espe-

cialidad de Ortópteros. En las Ciencias geológicas, sobre todo en petrografía, nos atendía Quiroga; que fué explorador del Sahara, en la época en que el gran desierto estaba hermético a los europeos. Las líneas de puntas señalando los itinerarios de Quiroga en el Atlas famoso de Justhus Parthes, de Gotha, era lo único que se sabía del Sahara Occidental. La Botánica la estudié con Lázaro Ibiza, ilustre botánico, que tiene un monumento a su memoria en el Barrio del Botánico. Estos tres eran con los que hacíamos excursiones por el Guadarrama o por la estepa cercana a Madrid; y algunos viajes por ferrocarril, los cuales nos los pagábamos profesores y alumnos, pues en aquella época no se contaba con auxilio alguno para esto por parte del Estado, y el funcionamiento de la Universidad era por parte del Ministerio, como una oficina más, administrativa.

En la época que relato no había jubilación forzosa por edad. Con tal motivo persistía en el desempeño de la cátedra de Anatomía Comparada Don Mariano de la Paz Graells, que había rebasado en varios años los 80. Era persona representativa; con grandes patillas blancas. Senador del Reino por la Real Academia de Ciencias. Director, que fué, del Museo y del Jardín Botánico. Con gran influjo en las cortes de María Cristina, Isabel II y Alfonso XIII, y mucho prestigio en los Ministerios de Fomento y de Marina. Había sido un naturalista de fama, de especialidades diversas y originales, y hombre de grandes impulsos. Pero se había plantado en sus conocimientos anteriores al último cuarto del siglo, y no admitía los grandes progresos que en Ciencias Naturales se habían realizado por Pasteur y los naturalistas de fines del siglo, y le irritaban los nuevos avances y descubrimientos.

Creía, como Puchet, su colega francés, en la generación espontánea de los organismos sencillos de la escala animal y vegetal. Muerto Puchet, quedó el único defensor de tal teoría y todos los años realizaba su demostración práctica. Para ello en una docena de cristalizadores de vidrio, vertía agua del Lozoya, y en las respectivas vasijas añadía las cosas más complejas, tales, como un gran migote de pan, limo de las albercas del Botánico, tierra, yerbas silvestres, algas, plantas acuáticas, legumbres cocidas, etc., y en una de las vasijas secreción urinaria de Roque, el viejo mozo de laboratorio. Realizada la singular siembra, tapaba los cristalizadores con placas de vidrio, y se la abandonaba durante varios días, a la intemperie, en un balcón, al patio del Museo. Al cabo del tiempo se examinaban al microscopio, en vidrios de reloj, los diversos contenidos, apareciendo, como era de suponer, diversidad de organismos del microscópico mundo de los Protozoarios, especialmente Infusorios, Amebas, algas silíceas del grupo de las Diatomáceas, bacterias y bacillus, etc.

El experimento no demostraba nada, y si acaso, contrario a la pretendida generación espontánea, y que los gérmenes diminutos populan por todas partes y se desarrollan en ambiente adecuado, o ya venían en las diversas cosas que añadía don Mariano, que se dió por satisfecho del resultado, tanto más cuanto que el año anterior los



ALBUM EXTREMEÑO: Bellas jóvenes cacereñas ataviadas con el típico traje regional y al fondo la Casa de las Veletas

alumnos le habían hecho la jugarreta de añadir a cada cristizador un chorrito de agua sublimada, que esterilizó los caldos, y mató los gérmenes. Tan contento quedó de nosotros que nos llevó en excursión entomológica a la Moncloa; entonces Campo de Experiencias de los Ingenieros Agrónomos, que le recibieron con gran consideración y respeto.

Había en el Museo de Historia Natural, dos catedráticos universitarios que explicaban zoología: eran hombres de edad madura. El más viejo era Machado, abuelo de los dos Machado célebres: el notable escritor y el sentido poeta, que vivían juntamente con la madre viuda, con el abuelo, en la calle de Fuencarral. Procedían de Sevilla donde Don Antonio había sido durante muchos años catedrático en aquella Universidad. Era persona muy bondadosa, de ideas muy liberales, a estilo de entonces y a quien apreciaban en extremo sus paisanos sevillanos. Nos daba la clase alrededor de la estufa; señalando cada día lo que debíamos leer para el siguiente, en el que nos mostraba ejemplares y hacía oportunos comentarios. Pero casi siempre se desviaba (o le desviábamos) y el coloquio científico tomaba otros rumbos; tales como los viajes en la juventud de Don Antonio por Guatemala, donde había ejercido la medicina; y a veces los relatos se referían a asuntos alejados de las ciencias naturales, como la batalla de Alcolea y los sucesos derivados, en Sevilla, de aquel acontecimiento. Era Machado de gran ingenio y de mucha gracia, de la que disfrutábamos tres alumnos que vivíamos en el mismo barrio que él, y le acompañábamos hasta su casa a la salida de clase.

El otro zoólogo era Martínez Sáez, de manera de ser y pensar completamente opuesta al anterior. Persona de arraigadas creencias y opiniones religiosas; muy conservador en política; de apariencia tímida, apacible y tranquilo. Se llevaban muy bien, dando ejemplo de lo que vale la tolerancia y el respeto mutuo. Martínez Sáez era excelente entomólogo y muy competente en mamíferos y reptiles. Había escrito un libro de mérito y muy útil para los especialistas, respecto a la clasificación de vertebrados fundamentado casi todo en caracteres de la caja craneana y del esqueleto, libro que resultaba imposible para estudiantes.

Este hombre de aspecto tan pacato, había demostrado tener un temple de espíritu grande y energía, tesón y valentía extraordinarios, al formar parte de la última expedición española, de estilo antiguo, en la exploración y descubierta, en la expedición a América Meridional, de 1862 a 1865. Martínez Sáez con Jiménez de la Espada y otros compañeros atravesaron América por lo más ignoto y difícil; desde el Pacífico al Atlántico a través de las zonas más altas de la Cordillera Andina y por lo más desconocido de las selvas del Napo y del Amazonas, a pie o en balsas, con toda la impedimenta de las recolecciones de ejemplares; en recorrido de 4.000 kilómetros, sin más medios que los propios, pues, por causas que no son de relatar, no les pudieron llegar auxilios de su gobierno.

La clase con Martínez Sáez la dábamos en una pequeña depen-

dencia del Museo con balcón a la calle de la Aduana. Uno leía en el libro, y mirábamos el ejemplar óseo; aquéllo era aburridísimo. Una mañana mientras duraba la pesadísima lección, una verdulera en la calle gritaba ¡Alcachofas, alcachofas! ¿quién quiere alcachofas! Martínez hizo un ademán; el lector paró, y el profesor preguntó ¿Cómo se dice alcachofa en francés? Ninguno lo sabíamos. ¡*Artichant, artichant!* ¡Tienen que aprender idiomas!; siga Vd... «Hueso timpánico articulado con el escamoso...» y continuó la clase. Con Martínez Sáez no podíamos.

La asignatura de Histología, que por entonces se agregó al plan de Ciencias Naturales, la cursábamos, el último año, en la Facultad de Medicina; en donde explicaba Cajal, que era ya Premio Nóbel. Se ha dicho que Don Santiago no tenía aptitudes pedagógicas; lo cual no es cierto. Explicaba maravillosamente, dibujando en el encerado con tizas de colores. Lo que sucedía es que era asignatura del primer año de medicina, y los estudiantes atendían de preferencia a la Anatomía, que era «el hueso».

A los ocho de Ciencias, que habíamos quedado (pues uno de Huelva no volvió, y fué la primer baja de la promoción) nos colocó en el primer banco; en el que se sentaban también otros que ya eran licenciados en Medicina, o tenían otras carreras, y acudían para enterarse de Histología. El resto del aula se llenaba con la turbamulta, y en los bancos altos predominaba la bullanga.

Los sábados por la noche acudía la promoción al café de Madrid, situado entre la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, en el local que ahora es Banco Hispano Americano. Allí acordamos, que vista la situación de privilegio que teníamos en la cátedra de Histología, y en casa ajena, había que aprender la asignatura, y quedar decorosamente. El valenciano Pepet dijo, que él tenía su plan, y que con el «Claus» tenía bastante. El «Claus» era una traducción del alemán, de una zoología que tenía una veintena de páginas referentes a Histología.

Llegados los exámenes nos portamos regularmente; y a todos, por igual, nos dieron calificación de notable, incluso a Pepet; que en el momento del examen se hizo el sordo, y a cada observación que le hacían, movía la cabeza en señal de asentimiento y haber comprendido, y largaba dos o tres párrafos del Claus; hasta que le dejaron. Probablemente no engañó a Cajal, pero Don Santiago era hombre bondadoso, y le haría gracia el truco del valenciano. Este fué catedrático de la Universidad de Barcelona, y actualmente vive en su pueblo, del litoral mediterráneo; y ahora con sus 80 años auestas, sí que está más sordo que una tapia.

De aquella promoción queda también Barros de Aragón, sevillano; que ha sido catedrático en la Universidad de Sevilla, y de Antropología en la de Madrid; que cumple este año los 80, y se dedica a desempolvar manuscritos en el Archivo de Indias. Queda, así mismo, el autor de este relato, que es el más jovencito de los tres.

EDUARDO H.-PACHECO

Primavera

Lleno de luces el dorado cuerno,
que sostiene en sus manos la abundancia,
el vino nuevo de la cepa rancia
derrite el hielo del canoso invierno.

Fluye la savia en el pimpollo tierno
y el licor de la vida el aire escancia.
Recorta un fino potro su arrogancia
y trota en busca del calor materno.

Vuelve a soñar sus verdes la floresta
donde cantan las aves tibiamente
dando a los vientos su feliz auspicio

Esconde amigo la feroz ballesta,
gocemos de este sol claro y caliente,
con buen semblante y corazón propicio.

ALBERTO OLIART Y SAUSSOLS